

Sin gobierno

Los partidos acabarán con el auténtico discurso político, amparados por la atrofia de un civismo de calidad. Desbordado el depósito popular para almacenar más confrontaciones, la gente pasa por puro hastío de la ruptura de las normas: díganse los numeritos de la patrulla capitaneada por el más aventajado discípulo de Lenin en el teatro del hemiciclo.

En cualquier momento el corifeo de las ritas, desnudas de argumentos, sacarán su par de mamarias como arma de protesta, aunque resulta inseguro afirmar ante los acaloramientos parlamentarios, y más con la llegada del estío, un despelote generalizado en el *Parlamento de los diputados y de las diputadas*.

Un numeroso destacamento de antidisturbios debería contratar el incombustible Paxi para evitar su deglución ante las próximas orgiásticas sesiones, porque algún canibalismo previo experimentó el novato presidente.

Un miedo a la llegada de lo desconocido aumenta cuando se piensa en la próxima legislatura, instalada la ruptura de una nación por una banda de filibusteros, enarbolada bandera de tibias y calavera de la Transición, o sea, los pitracos corruptos de la olla del PP; la putrefactas mezcolanzas de un PSOE condimentadas por el alquimista Zapatero en su cueva de los horrores, ayudado por pinches de sucias manos de tanto emborronar sus cromañones ancestros periféricos. Y a esperar el paso del bendito tiempo, sanador de todos los males, incluidas las numerosas prescripciones judiciales.

Dicho lo cual —sin saber el cómo ni el porqué de mis metafísicos arrebatos anarquistas—, anido un deseo: la persistencia del actual estado catatónico, sostenido a impulsos profesionales de los funcionarios, limbo preferible a la muerte súbita cuando los Robin Hood de las izquierdas salgan en masa del bosque de la complutense, acompañado, arco en mano, de las carmenas, adas, bescansas y otras extrañas especies para dar de lleno con su flechas justicieras en la diana de los impuestos.

Sí, soy un jubilado de aquella clase media a la que machacarán sus restos en el yunque de la revolución arribada más allá de los océanos. Ineluctable futuro nos espera sobre un terreno tremendal ante la siempre risueña figura del ciudadano Borbón acompañado por su egregia, la llegada de otro confín. Los ya triturados, muchos amigos y conocidos, ahí están: plúmbeos personajes cansados de pasear su solemne pobreza de portal en portal.

Quede mi homenaje y reconocimiento, repito, a los numerosos funcionarios honrados, saqueadas sus pagas extras, sin reponerse de los jadeos de una oposición. Y así como un dolor anula a otro, espero que el manierismo descrito anule el de la vida, aunque solo sea por un rato.